

La calle para el miércoles 30 de marzo de 2011

Diario de un espectador

Jessy Norman

Miguel ángel granados chapa

Jessy Norman cantó en Bellas Artes el sábado pasado. Así de escueta, la noticia no refleja el gran acontecimiento que significó la nueva presencia de la gran soprano estadounidense en el mayor de los escenarios para la voz humana en nuestro país. Ya habían transcurrido casi siete años desde que estuvo entre nosotros. Ni ella, ni su auditorio ni el recinto son los mismos. Ya dedicaremos unas líneas al escenario de su presentación, objeto de una polémica que incluye no sólo criterios estéticos y técnicos sino hasta una averiguación penal por daños al patrimonio material de la cultura mexicana.

Apenas este sábado tuvimos ocasión de estar en el renovado palacio y ni ese día ni ahora los resultados de su remozamiento nos estorbaron para disfrutar el gran milagro de esa voz, capaz de recrear lo mismo personajes de las óperas más buscadas por los conocedores del arte lírico, que de dar tonos brillantes a la música popular de su país, especialmente la que forma parte de ese género, norteamericano por excelencia, que es la comedia musical, una suerte de opereta con un calor y un color propio, acaso porque su narración no incluye sólo canto y música sino también danza.

Con Jessy Norman resulta suficiente su voz, como lo mostró al cantar casi a capella un *spiritual* en que su pianista Mark Marham, en vez de deslizar los dedos sobre el teclado, empuñó la mano derecha y golpeó con ella, rítmicamente, uno de los bordes de su instrumento, como un severo tamborcillo que enmarcara el canto interpretado por la estrella, acaso en reminiscencia de su infancia en Augusta, Georgia, donde la música religiosa, los coros de las iglesias contribuyeron siempre a aliviar los pesares de las comunidades negras, la sociedad afronorteamericana que padeció hasta muy recientemente una dominación social que no logró nunca sofocar la belleza, la energía vital de los artistas de ese color. En su ciudad natal, acaso también en respuesta a la segregación padecida en los estados sureños pero que en Georgia alcanzó niveles de gran ruindad, la enorme soprano ha establecido una escuela de artes que lleva su nombre, un conjunto de programas de formación artística, gratuito, dirigido a estudiantes de enseñanza media.

Ya en 1996, al cantar en la inauguración de los juegos olímpicos en Atlanta, la capital de ese estado, la voz de Jessy Norman triunfó sobre el sectarismo de quienes, apenas dos décadas atrás habían querido arrancar de raíz las aspiraciones de las personas a las que los blancos consideran inferiores, al asesinar a Martin Luther King. Ante el mundo, Jessy Norman había ya simbolizado, once años atrás, durante el acto principal por el

bicentenario de la Revolución Francesa, los ideales de esa lucha, la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Con su carga simbólica, pero sobre todo con la belleza de su voz, Jessy Norman estuvo de nuevo en México. Y como siempre, estremeció al público. Su voz no era sólo prodigiosa por el brillo de su tono, por la variedad de sus registros. Lo ha sido y sigue siéndolo por la fuerza y la ternura que brotan del alma de la intérprete. Completa la maravilla de su espectáculo su gracia, que le permite dar unos pasitos de baile cuando la música lo requiere y detenerse en el justo límite, aquel que cuando se transpone puede conducir hacia lo grotesco. Tiene además, la gran soprano, una enorme capacidad para sintonizar con su auditorio.